

Sección Debate (*revista PH* 119, octubre 2026)

Debate 35: Patrimonio biocultural: ¿maraña conceptual o cambio de paradigma?

Textos provisionales

El sistema agroalimentario como vía para consolidar el paradigma biocultural en España: el diálogo de saberes como herramienta de gobernanza

Verónica Rebollo Díaz | Alimentta, Think Tank para la Transición Alimentaria

Basta observar con cierta atención para encontrar indicios de procesos bioculturales en ámbitos muy diversos. Si tomamos prestada la definición de memoria biocultural de Toledo y Barrera-Bassols (2008), que alude a un corpus de conocimiento, prácticas y significados a través del cual las comunidades humanas se relacionan con –y se adaptan o no– a las condiciones de sus territorios, veremos que resulta prácticamente imposible desvincular el pensamiento y la acción humana del territorio en el que se inscribe.

Pero aquí debemos abordar el territorio como un concepto más amplio que el de soporte físico. Me hago eco de autores como Rogério Haesbaert (2020) o Arturo Escobar (2015), que conciben el territorio como un entramado de relaciones entre seres vivos –sean humanos o no– y no vivos, que muta a lo largo del tiempo, reflejando las múltiples manifestaciones de estas relaciones. Así, vemos indicios bioculturales en los paisajes cultivados, en los corrales de pesca o en los asentamientos humanos –en cómo se configuran, cómo se adaptan a la orografía o qué materiales se emplean en su construcción– y, más allá de lo tangible, en refranes, costumbres y celebraciones. La elección de qué cultivar y cuándo, el funcionamiento de un aparejo de pesca, la piedra elegida para levantar un muro o un refrán meteorológico hacen gala de la indivisibilidad entre lo “bio” y lo “cultural”.

Frente a la ontología relacional desde la que se construye el paradigma biocultural, el sistema hegemónico que separa la gestión de lo natural y lo cultural bajo una óptica productivista –y que, dentro de lo natural, fragmenta aún más por recurso– no ha dado resultado para afrontar las crisis de nuestro tiempo. La propia IPBES lo reconoce: los enfoques aislados resultan insuficientes frente a la convergencia de las crisis de biodiversidad, agua, alimentación y salud (IPBES 2024), lo que obliga a replantear los instrumentos políticos y académicos con los que las abordamos, apostando por enfoques multi- y transdisciplinares capaces de captar cómo se relacionan, entorpecen o benefician entre sí los distintos elementos de un ecosistema o de una crisis concreta. Se trata, al fin y al cabo, de adoptar una mirada sistémica sobre el mundo y sobre nosotros mismos como una pieza más de él, y en eso el paradigma biocultural abre un marco sobre el que repensar estas interdependencias. Pero de acuerdo con esa voluntad holística, la ciencia debe abrir la puerta a otras voces, otros sistemas de conocimiento que, aunque vivos, han permanecido aislados o invisibilizados por el relato que enfrenta a civilización y naturaleza.

El conocimiento ecológico tradicional (CET) es, para mí, uno de los elementos de la memoria biocultural al cual no estamos prestando demasiada atención en nuestro contexto occidental –hablo, por ejemplo, de España–. Viro hacia el sistema agroalimentario porque es donde me muevo profesionalmente, y en este ámbito hemos vuelto la mirada hacia este elemento de alto potencial adaptativo. Se trata de un conocimiento generado en canales alternativos a los de la ciencia convencional, que alude a las relaciones entre los componentes del ecosistema (de ahí “ecológico”) y que se transmite entre generaciones dentro de un grupo social específico (de ahí “tradicional”). Lejos de ser rígido, es flexible, se construye por ensayo y error en interacción directa con el medio, y se socializa principalmente de forma oral. Es el tipo de saber que ha permitido a algunas comunidades adaptarse a cambios ambientales y mantener su actividad (Berkes, Colding y Folke 2000) –hoy amenazada por un conjunto de factores que trasciende lo ambiental–, lo que justifica evaluar su potencial frente al cambio climático. Algunos ejemplos son los conocimientos sobre semillas tradicionales y sus técnicas de cultivo, o los que asocian el comportamiento estacional de una especie a un hábitat concreto, identificando caladeros de pesca.

En el proyecto Vía Sabia hemos identificado cuatro categorías de CET (empírico-epistémicos, técnico-productivos, organizativos y territoriales), los procesos de deterioro, sustitución o marginación a los que están sometidos, así como los mecanismos de salvaguarda que se ponen en práctica desde la pesca artesanal y la agricultura familiar (Rebollo et ál. 2025). El diálogo con estos saberes es el primer paso para dotar de legitimidad política a este conocimiento y a quienes

lo sostienen, y para que ambos tengan más cabida en la investigación y las políticas públicas. A partir de este trabajo hemos identificado distintas vías para incorporar estos conocimientos a la gestión agraria, pesquera y alimentaria.

Por ejemplo, el reconocimiento de los servicios ecosistémicos proporcionados por la agricultura familiar y la pesca artesanal, así como la biodiversidad cultivada muestran que ciertos aspectos del paradigma biocultural ya están presentes en distintas políticas. Creo que aún hay que incidir más en que este conjunto de saberes y prácticas bioculturales se conciba no únicamente como un patrimonio a proteger (sea natural, cultural o en fusión) sino también como una fuente de soluciones adaptativas. Creo que esta doble valoración ofrece respuestas a algunas cuestiones que me suscitan recelo.

Por ejemplo, me sigue resultando problemático el concepto de patrimonialización. Determinadas formas de entenderla ponen un énfasis excesivo en “lo propio” y en su preservación por parte de una autoridad designada frente a presiones externas (Harrison 2012), lo que entra en conflicto con una concepción de la cultura como un bien común en permanente construcción. Al abordar los conocimientos ecológicos tradicionales o las expresiones bioculturales como herramientas colectivas, trascendemos una lógica centrada exclusivamente en su conservación y las reconocemos también como recursos vivos al servicio de las sociedades. Evitamos así que queden inmovilizados bajo una etiqueta de protección o reducidos a un elemento folclórico o vestigial susceptible de mercantilizarse con fines turísticos. Esta perspectiva permite, además, aproximarse a ellos desde una postura crítica y evitar su romantización –no todas las expresiones bioculturales son por definición deseables o sostenibles–, abriendo la posibilidad de revisarlas y reinterpretarlas.

Y hacerlo de tal forma que tanto estos saberes como quienes los poseen conserven su agencia. En el extremo opuesto a su romantización está su cuestionamiento como algo “científicamente” útil, aunque existen propuestas para superar esto que se basan en someterlos a un tratamiento similar al del conocimiento científico, esto es: mapeo, sistematización, testeo, valoración por pares (Steins et ál. 2023). En el proyecto Vía Sabia hemos tratado de seguir algunos de estos pasos aún siendo conscientes de que existe un riesgo de total asimilación por la ciencia. En Estados donde conviven pueblos originarios con formas propias de autogobierno, esto puede poner en riesgo su autodeterminación. En nuestro contexto, donde predomina un único sistema de gobierno, la vía más realista es fortalecer la cooperación entre la ciencia y el CET, preservando sus canales propios de producción y transmisión del conocimiento, pero buscando un marco común.

El diálogo de saberes (Argueta Villamar 2012) ofrece aquí un horizonte esperanzador. La pregunta es si sus principios pueden trasladarse a contextos como el español, más allá de la interculturalidad, entre distintos sectores de una misma cultura. El proyecto Vía Sabia sugiere que sí existe una franja deseada para esa complementariedad; agricultores y pescadores, por ejemplo, comparten saberes sobre autonomía alimentaria, y reflexionan sobre superar desafíos compartidos: rentabilidad en declive, falta de relevo generacional, globalización. En España, en el sistema agrario y pesquero podría constituir una buena vía para consolidar el paradigma biocultural, porque en él confluyen la producción de alimentos, el conocimiento ecológico del territorio y un importante patrimonio cultural asociado a las prácticas y recetas locales.

Bien es cierto que se ha tratado de abordar desde el ámbito de la conservación siguiendo el ejemplo de países como Ecuador –primer país en reconocer constitucionalmente a la naturaleza como sujeto de derechos–, con un ejemplo claro: a través del reconocimiento de la personalidad jurídica del Mar Menor. Pero más allá de su valor simbólico, cabe preguntarse qué efectos concretos tiene sobre la gobernanza del territorio o la protección efectiva del ecosistema. Quizá el reconocimiento de derechos a la naturaleza solo despliegue su potencial cuando venga acompañado de nuevas formas de gobernanza de sistemas socioecológicos complejos, capaces de reducir asimetrías de poder y abrir espacios reales de participación a los distintos sistemas de conocimiento. Visto así, el verdadero cambio de paradigma no pasa por reconocer una nueva categoría patrimonial, sino por adoptar una visión relacional del mundo que entienda naturaleza y cultura como dimensiones inseparables de un mismo sistema y desarrollar nuevas formas de gobernanza capaces de articular distintos conocimientos, colectivos, sectores y recursos en la gestión de los territorios.

BIBLIOGRAFÍA

- Argueta Villamar, A. (2012) El diálogo de saberes, una utopía realista. *Revista Integra Educativa*, vol. 5, n.º 3, pp. 15-29
- Berkes, F., Colding, J. y Folke, C. (2000) Rediscovery of traditional ecological knowledge as adaptive management. *Ecological Applications*, vol. 10, n.º 5, pp. 1251-1262. Disponible en: [https://doi.org/10.1890/1051-0761\(2000\)010\[1251:ROTEKA\]2.0.CO;2](https://doi.org/10.1890/1051-0761(2000)010[1251:ROTEKA]2.0.CO;2) [Consulta: 06/08/2026]
- Escobar, A. (2015) Territorios de diferencia: la ontología política de los "derechos al territorio". *Cuadernos de Antropología Social*, n.º 41, pp. 25-38
- Haesbaert, R. (2020) Del cuerpo-territorio al territorio-cuerpo (de la Tierra): contribuciones decoloniales. *Cultura y representaciones sociales*, vol. 15, n.º 29, pp. 267-301
- Harrison, R. (2012) *Heritage: Critical Approaches*. London: Routledge. Doi: <https://doi.org/10.4324/9780203108857>
- Harrison, P.A., McElwee, P.D. y van Huysen, T.L. (ed.) (2024) *Summary for Policymakers of the Thematic Assessment Report on the Interlinkages among Biodiversity, Water, Food and Health of the Intergovernmental Science-Policy Platform on Biodiversity and Ecosystem Services*. Bonn: IPBES Secretariat. Disponible en: <https://doi.org/10.5281/zenodo.13850054>
- IPBES [Plataforma Intergubernamental Científico-Normativa sobre Diversidad Biológica y Servicios de los Ecosistemas] (2024) *Informe Nexus*
- Rebollo, V., Saralegui, P., Ramírez, P., Moranta, J., Guzmán, G., Florido, D., Soto, D., Villasante, S., Gómez, S., García-Ruiz, R., Murray, I., Baraza, E., Mallol, S., López, L., Tello, E. and Fullana, O. (2025) *Vía Sabia. Tendiendo puentes entre saberes para una mejor adaptación al cambio climático. Caracterización del conocimiento ecológico tradicional (CET) asociado a sistemas agro-ecológicos y pesqueros y su vínculo con el cambio climático*. Alimentta. Disponible en: https://alimentta.com/wp-content/uploads/Alimentta_Rebollo-et-al_CET_2024_04.pdf [Consulta: 06/08/2026]
- Steins, N.A., Baker, M.R., Brooks, K., Mackinson, S. y Stephenson, R.L. (2023) Co-creating knowledge with fishers: challenges and lessons for integrating fishers knowledge contributions into marine science in well-developed scientific advisory systems. *Frontiers in Marine Science*, 10, artículo 1338271. Disponible en: <https://doi.org/10.3389/fmars.2023.1338271> [Consulta: 06/08/2026]
- Toledo, V.M. y Barrera-Bassols, N. (2008) *La memoria biocultural: la importancia ecológica de las sabidurías tradicionales*. Barcelona: Icaria Editorial